

PRINCESA DE MERCERÍA

Siempre fue una niña con muchos complejos, entre los cuales reinaba el de pobre. Ninguna caricia y ningún beso sustituyeron a las carencias materiales. Sin gestos de cariño, su pobreza se acentuaba cada vez más. Entonces fue cuando comenzó a hacer uso de su gran fantasía para sobrevivir en un mundo tan hostil. De su autobús, uno de los más viejos de la flota, para ir a la escuela, hizo un coche de lujo. De su colegio, lleno de cientos de anodinas cristaleras, hizo un hermoso palacio, adornado de suntuosos espejos, en el que poder habitar. De su profesora de parvulario, de nariz y mentón de bruja y con un pelo recogido en un moño, la cual la pegaba con una vara en las yemas de los dedos por no saber leer, hizo una sirvienta, vieja y fea, que se encargaba de las labores más áridas del hogar. De sus padres, un orondo oficinista y una soberbia ama de casa con delantal, hizo un magnánimo rey y una estricta madrastra. Pero a la princesa de cinco años algo le falta: su corona, pues no sería una digna princesa sino tuviera una corona que escribiese sobre su cabeza la diferencia entre ella y el resto de la plebe. Fue cuando un día le dijo a su madre que le comprase una hermosa diadema que había visto en la mercería del barrio. Una vez que la tuvo, fue al palacio, como todos los días, por la mañana, en su coche de lujo y, ante uno de los espejos de la mansión, delante de la mirada de su sirvienta, se colocó ceremoniosamente su diadema, su corona, convirtiéndose en Princesa de Mercería.